



1r PREMI CATEGORIA JOVES

JENNIFER HEGEWISCH

COTIDIANA DESAZÓN EN CIELO RASO

- Su boleto por favor — dijo la aeromoza de ojos azules.
- Aquí tiene — respondí en breve.
- Puede sentarse en cualquiera de las butacas libres entre las hileras cuatro y ocho — agregó con una mueca, dejando ver los rasgos agotados por el tiempo.
- Gracias.

Caminé hacia el lugar que me había indicado y noté que había varias butacas vacías. En la primera fila había un hombre de mediana edad con sobrepeso, mismo que portaba una boina y lucía un bigote negro y grueso que de inmediato llamó mi atención. Ni siquiera me miró cuando me acerqué.

- Examina tus opciones, ¡rápido! — me dije a mí misma.

De acuerdo, ese hombre... no tenía que sentarme al lado suyo, pero ¿y si lo hacía? Quizá otra persona más se sentaría a mi lado izquierdo y yo quedaría en el medio de ambos. Tomando en cuenta esto y dada la longitud del trayecto, no podría levantarme al lavador. ¿Y si la persona de la izquierda era una mujer malhumorada? Entonces tendría que despertarla varias veces. ¡Esa manía mía por ir al lavador veinte veces por hora cuando ni siquiera es necesario! Pero eso sí que es necesario, puesto que de lo contrario la gente enferma de los riñones... y yo por seguro que no quería ser una más en esa lista de hospital.

¿Y si entonces me sentara ahí mismo y me levantara al lavador veinte veces por hora? Entonces la mujer malhumorada me vería con ojos penetrantes, se levantaría de la butaca con una falda tableada antigua de cuarto bajo la rodilla, y de muy mala gana. ¿Y si por el contrario me quedara sentada? No me estaría quieta, no podría dormir. Me atormentaría la ansiedad, porque no podría ir al lavador. Cerraría los ojos, los volvería a abrir. Trataría de cruzar las piernas, pero no podría porque el espacio entre una butaca y otra de los aviones de bajo costo es diminuto.

Respiraba agitadamente pensando en estas cosas. Tampoco podría escribir, aunque quisiera, porque tendría que sacar papel, pero éste estaría en mi maleta, que quizá tenga que colocar en el cobertor superior debido a que el espacio es muy reducido. De tal manera que estando en el medio entre el

señor con sobrepeso y la señora de falda tableada, no podría levantarme. E inclusive aunque tuviera una hoja de papel y un bolígrafo...la señora estaría durmiendo y el papel le haría ruido...la despertaría, y me miraría con esos ojos azules penetrantes...de miedo. Lo tendría que guardar. Y aunque no fuera así, si escribiera...soy diestra, y mi codo pegaría con el del señor con sobrepeso, a quien incomodaría. La ansiedad sería tan grande que me mordería el cabello... y el señor de la derecha pensaría que hacer eso es desagradable.

— Pero es que no lo puedo controlar — diría por dentro. Llevo años queriéndolo hacer pero no lo he conseguido.

¿Qué le diría? ¿Culparía a aquella mala relación de nuevo? ¡Vaya que no! Ya son muchos años y lo sigues haciendo. ¡Vaya que no niña; no le interesa tu vida! ¿Niña? Vaya que no eras una niña, no ya no.

— ¡BASTA! — Me dije y sacudí la cabeza y pareciese que por un momento todos esos pensamientos también se hubiesen alejado.

En ese preciso momento, sentí que alguien estaba aguardando para que le dejara pasar por el pasillo. Había colocado ambos brazos de cada lado de los asientos y me había quedado mirando al frente, ensimismada, obstruyendo el paso.

Algunas personas me miraban con extrañeza o con curiosidad. Sentí como mi rostro se ruborizaba. Me moví de lugar. Una señora detrás de mí me dirigió una mirada breve, como pidiendo permiso, y sin más, se sentó justo al costado del señor con sobrepeso.

Un poco sobrecogida por la acción rápida de la señora, me giré, sólo para distinguir dos filas más de tres butacas cada una. En una fila se encontraba una mujer joven, quizá de unos treinta años, de mirada amable. Estaba sentada en la butaca del lado del pasillo. Por ende asumí que ella pensaba como yo; no quería sentarse en la butaca del medio ni del lado de la ventana porque eso implicaría tener que pedir permiso para pasar a los otros pasajeros cada vez que quisiera levantarse al lavador o a estirar los pies. Y bien, si yo llegase y me sentase a su lado perseguiría esa misma suerte, por lo que mejor examiné la fila que le seguía. Ahí vi a un muchacho de cabello rubio muy corto, a modo de casquillo de la infantería, delgado, de rostro serio y de rasgos duros.

— Un par de años menor que yo — pensé. Estaba sentado de lado de la ventanilla, divisando el exterior. Si dejo la butaca del medio vacía y me siento del lado del pasillo, me vería grosera. Me abstraí de la escena por un momento y de una sola vez me senté a su lado. Coloqué mi maleta en el cobertor superior y guardé mis papeles en la redcilla del asiento en frente mío.

De pronto no recordaba ninguno de mis cálculos, ni siquiera noté que había

terminado por sentarme en la butaca del medio, donde la gente notaría mi inhabilidad para ser una persona ordinaria y coherente, donde no podría escribir, ni levantarme. Tomé mi botella con agua y bebí un sorbo. Suspiré.

Todo estaba en orden. Había alcanzado el vuelo. Al fin podría dormir. No podía creerlo, estaba allí. No pude contener una lágrima. La dejé correr porque de lo contrario el chico lo notaría. De reojo, podía ver que el muchacho seguía mirando por la ventanilla, impasible. Llevaba una chaqueta negra, pantalón de mezclilla negro y zapatos del mismo color; estaba recargado sobre su costado izquierdo, mirando alguna cosa o ninguna.

El avión no despegaba. Otra lágrima. ¿Cuándo pararía esto? Eran involuntarias, de sentimiento desconocido. Tuve que enjugármelas con un dedo... clásico. Escuché que la aeromoza se disculpaba por el retraso. De súbito el muchacho se giró.

— ¿Te apetece una goma de mascar? — me dijo él.

Por supuesto, había notado las lágrimas. ¡Qué vergüenza! El color se me subió a la cara una vez más aunado al probable hinchazón de mis ojos. El muchacho me comenzó a hablar, trivialidades, que esto y que lo otro, una hora, treinta minutos, intercambiamos nombres. Se había sentado un señor a mi lado derecho. Ni siquiera me importó cuando me miró con extrañeza, mucho menos noté que el señor con sobrepeso y la señora vecina me miraban desde la fila de enfrente. No pasé al lavador y no tuve necesidad de escribir.

Se oscureció todo. Pasaron tres horas, y no hemos dejado de charlar.

—...quisiera decirte algo — me dijo el muchacho. Pero no creo que lo tomes en serio. Se ruborizó. El niño de menor edad ahora me dirá la frasecilla de siempre, estoy segura. Le gustarán mis ojos, sonreiré ingenuamente, le agradeceré y bajaré la mirada delicadamente; fingidamente pretenderé que lo creo, que no lo he escuchado anteriormente.

— Eres una de las cinco criaturas más hermosas que he visto en mi vida. Pensé en el espejo. En el repulsivo momento por las mañanas en el que veía mi reflejo. No me gustaba ahora después del accidente. En lo oscuro del avión, examiné su mirada; era transparente. Sus palabras habían sido sinceras.

Olvidé todo un segundo, se consumió mi pensamiento, miré al muchacho a los ojos y de una vez le agradecí el cumplido. Instantes fortuitos perfectamente alineados.

Al tiempo no recordé el espejo, ni el ritual, ni la mirada atónita del pasajero que probablemente estaría mirándonos con curiosidad. La cotidiana desazón, mi perenne y ansiosa compañera, de súbito había dejado de murmurar a mi oído un momento.

— Inusitado —murmuré casi en silencio para mí. Sonreí. Y las luces se prendieron.